

Benedicto Chuaqui

Tamer, el ingenuo

(Cuento árabe)

Al relato corto (nóvola o nouvelle) se le ha llamado inadecuadamente «cuento» en las literaturas europeas. Y se le concibe como una novela en síntesis, un trozo de vida, un corte hecho en la realidad, según dijo Maupassant y parafraseó en época reciente, Paul Morand.

En la literatura de Oriente, la persa, la árabe, el cuento conservó su carácter de origen, sin que se haya bastardeado con elementos técnicos de otros géneros literarios.

En este sentido, podríamos decir que el cuento, propiamente tal, es la dignificación del lenguaje popular, el de la nodriza que entretiene al niño, antes de dormirse, o el de la abuela que recuerda tiempos pasados, al amor de los tizones.

Por esto, es algo ágil y amable, donde apunta la espontaneidad de la conversación, como quien dice, de las palabras que brotan improvisadamente de los labios y van a los oídos propicios de los que las escuchan.

Así concebido, el cuento tuvo su estilización literaria, realizada en las «Mil

noches y una» y otras colecciones de cuentos de los países orientales.

En castellano, este tipo de cuento, pudo existir mediante la influencia arábiga del Calila e Dinna, pero su técnica se desvirtuó más adelante por la influencia de los «fabliaux» y de las novelas realistas italianas.

El cuento que publica en este número, «Atenea», cuyo autor es el escritor árabe Benedicto Chuaqui, ya muy conocido por su libro «Por el bien de los hombres», conserva la soltura de esa vieja técnica, con elementos narrativos modernos.

«Tamer, el ingenuo», pinta en frases directas, la historia de un hombre bueno, temeroso de Dios. Es la víctima de dos ladrones que se aprovechan astutamente de su credulidad, pero Tamer al ver de nuevo a su asno en la feria rehusa comprarlo con un gesto evasivo, donde hay una maliciosa chispa de ironía.

La vida de lejanos tiempos y el carácter de patriarcales costumbres, hoy desaparecidas, surge sin esfuerzo de la prosa de claros trazos del autor de «Por el bien de los hombres».

MARIANO LATORRE.



SEGURAMENTE vosotros no habréis oído nombrar nunca las aldeas de Marmrits. Y no es raro, porque se halla situada en una lejana comarca de la antigua Asiria, vecina al populoso puerto de Trabulos, a donde llegan todos los barcos de los países del Oriente con su rica carga

de productos para venderlos en el comercio de ese puerto.

Pues allí en Marmrits, que era una aldea alejada del tumulto de las grandes ciudades, vivía Tamer (1) un buen hombre, trabajador y honrado a carta cabal. Allí en Marmrits, Tamer, conoció a Widad (2) la sobrina del cura párroco, de cuyos encantos se prendó para casarse después con ella y formar un hogar en el cual reinaba la paz y la felicidad.

Ambos eran pobres, pero su pobreza no les impedía ser dichosos, porque eran humildes y sencillos, bondadosos y caritativos.

Eran además ingenuos, con esa ingenuidad de las almas puras que sólo anhelan hacer el bien.

Es posible que no ambicionaran los bienes terrenales, porque no los conocían en toda su magnitud y esplendor. Y esto era un bien para ellos, porque de esta manera no sabían de orgullos ni de vanidades que pudieran ofender a Dios y a sus santos profetas.

Su único capital consistía en un asno y en un par de aretes de oro. Aquella buena bestia ayudaba a Tamer en sus trabajos de leñador. Y los lindos aretes de oro, que es posible que Tamer apreciara más que su paciente y sufrido asnito, ayudaban a realzar los hechizos naturales de Widad, como si iluminaran su rostro juvenil.

Todos los días, a excepción de los domingos y fes-

(1) Tamer, en árabe significa, fructífero.

(2) Widad, en la misma lengua: afecto.

tivos, apenas Dios derramaba sus luces sobre el mundo, Tamer dejaba el lecho, para ir hacia la montaña, en donde trabajaba esforzadamente en trozar la leña suficiente para cargar su jumento y llevarla a la ciudad en donde ya le conocían por su seriedad y corrección y no le era difícil venderla a buen precio. En seguida Tamer se dirigía al mercado para comprar las provisiones que le encargaba Widad.

No estará demás que os diga, y esto para que conozcáis mejor el carácter de Tamer, que éste jamás acostumbraba a regatear el valor de su rústica mercancía, pues le agradaba vivir en armonía con todas aquellas gentes con quienes hacía su negocio, y tanto, que en muchas ocasiones prefería venderla a menos precio, con tal de no entrar en tratos con personas de dudosa moral.

Huía, por instinto del mal, pues en verdad carecía de toda malicia.

Era piadoso, quien sabe si con exceso. Y para que sepais hasta qué extremo llegaba su bondad, os diré también que muchas veces cuando Tamer veía que su asno iba fatigado, le dejaba descansar todo el tiempo que era menester. En el fondo, se daba cuenta que aquel compañero de su vida y colaborador en sus trabajos, tenía derecho a ser tratado de la mejor manera.

Realizada la venta de su leña y la compra de las provisiones para el hogar, Tamer, llevando cogidas las riendas del jaquimón y con las manos atrás, marchaba delante de su asno, rehaciendo lentamente el camino

que le separaba de la aldea, a donde siempre llegaba al caer la tarde, antes de que la noche invadiera los campos con su marea de sombras.

Esta era la jornada diaria de Tamer. Los domingos los dedicaba con Widad, a las prácticas religiosas. Eran, sin duda, fieles fervorosos y sinceros.

* * *

Creo necesario explicar que en aquel puerto de Trabulos, como en todas las grandes metrópolis, pululaba una gran cantidad de maleantes, que viven acechando a los incautos, para hacerlos víctimas de sus pilatunadas, o blanco de bromas y de burlas. Y como no es difícil imaginar, casi siempre se ensañaban con los cándidos campesinos que viven ajenos a esta clase de truhanerías y bellacadas.

Y si he insistido en poner de relieve las condiciones morales que adornaban el carácter de Tamer, ha sido precisamente para que no os extrañe que fué su persona la escogida por dos de estos hábiles ladrones para hacerle una de sus habituales y malignas jugadas, que en el caso de nuestro conocido tuvo proporciones deplorables.

Uno de esos días en que Tamer regresaba a su casa, se le ocurrió tomar una de las amplias avenidas, que rodeando la ciudad, empalmaba con el camino hacia la aldea. Marchaba ese día Tamer sintiendo en su corazón un agradable estado de gratitud hacia la vida,

que le permitía trabajar, gozar del amor de su esposa y disfrutar de una relativa holgura que alejaba de su espíritu todo pensamiento triste. Ese día las gentes de la ciudad habían sido más generosas que nunca. Con amable espontaneidad habíanle pagado por su leña más de lo que él bucnamente esperaba. Tamer sentía que todo lo circundante lo acariciaba: la luz del sol, el canto de los pájaros, la suave brisa, el rumor de los árboles y el grato aroma que venía de las huertas y jardines.

Sintió entonces, súbitamente, un deseo de cantar, una canción que cuadraba bien con su excelente estado de ánimo. Era como si el alma quisiera florecer expresando esa felicidad de vivir que jugueteaba en su espíritu. Iba pues, distraídamente, arrullándose con sus jubilosos pensamientos, sin deseos de entretenerse, como solía ocurrirle, en mirar el movimiento de las gentes que iban y venían por el camino. No supo como se encontró cantando una alegre copla que decía así:

Libertaré a mi amado
del servicio militar,
si yo tuviera dinero
viviría en Alejandría
y tendría siete palacios
aunque esto fuera un capricho...

Mas de pronto interrumpió su canto, porque sintió que su dicha no podía ser completa ni perfecta sin

Widad, cuya sonrisa y sus caricias echó de menos. Diéronle entonces deseos de apresurar la marcha, y hasta estuvo a punto de cabalgar sobre su asno, dándole algunos azotes para hacer más rápidamente el camino.

Os sorprenderá que un hombre de sentimientos tan excesivamente sensibles como Tamer, pudiera pensar en tal cosa. Empero debo advertiros, a fin de que no os forméis una mala idea de su sinceridad, que esto sólo fué una idea muy fugaz. Y es que tal vez el hombre demasiado feliz es un poco egoísta. Tamer se avergonzó muy pronto de haber siquiera pensado, en abrumar con el peso de su humanidad a esa santa bestia, que tan lealmente le acompañaba en sus rudas y penosas faenas.

* * *

Entretanto, dos astutos pillastres, observaban desde lejos al buen campesino, que sumergido en sus pensamientos, marchaba lentamente, llevando a la zaga a su asno.

Uno de ellos le dice al otro, haciéndole un gesto de maliciosa complicidad:

—¿Quieres que le robe el burro a ese palúrdo sin que él siquiera se dé cuenta?

—No creo que sea tan fácil hacerlo en la forma que dices—le replicó su compañero.

—Ya lo verás. Acompáñame y haz lo que te diga.

—Convenido.

Sigilosamente, el pícaro se aproximó al asno y con esa expedición que sólo saben tener las gentes de su calaña, desató las riendas, entregándole al otro, la buena bestia e indicándole por señas que se alejara en sentido contrario. En seguida se colocó la jáquima en la cabeza y siguió tras de Tamer reemplazando al burro.

Caminó en esta forma hasta cuando calculó que ya su compañero estaría bastante lejos. Entonces se detuvo bruscamente. Tamer tiró con fuerza de la rienda sin tomarse el trabajo de volverse a mirar hacia atrás, pero notando resistencia, se volvió, encontrándose con el pillo que frente a él, inclinaba la cabeza simulando humildad.

Imagináos cuál sería el asombro de nuestro amigo al constatar tan absurda metamorfosis. Un violento estremecimiento lo sacudió desde los pies hasta la cabeza. Movió la cabeza como para alejar una pesadilla y luego se restregó los ojos, creyéndose víctima de una alucinación. Largo rato quedóse estupefacto, hasta que al fin pudo articular trabajosamente:

—¿Quién eres tú?

La voz del redomado pícaro, resonó con acento lastimero:

—Yo soy su asno y su esclavo, mi buen amo.

Aquella singular respuesta turbó aún más el espíritu del buen Tamer que balbuceó:

—Pero, ¿cómo te has podido transformar en un hombre?

El pillo entonces aparentó hallarse abrumado por una terrible congoja:

—Mi historia es muy dolorosa y extraordinaria. Me da vergüenza contártela, pero te debo lealtad, porque has sido humano y bondadoso para tratarme durante el tiempo que te he servido y eso me obliga a confesarme contigo.

Tamer estaba cada vez más pasmado. Un tumulto de ideas estrafalarias le embrollaban la cabeza, mientras el tunante seguía en su comedia.

—Yo, mi buen amo, he sido un crápula, un borracho y un desvergonzado. Y piensa tú cuánta será mi pena al recordar que tengo una madre que es una santa de cuya bondad y paciencia abusé hasta lo infinito. Cuanto, cuanto me aconsejaba, tratando de inducirme hacia el buen camino! Pero todo fué inútil, pues mi perversión llegó un día hasta el extremo de maltratarla, insultándola y diciendo toda clase de blasfemias en su presencia.

¡Pobrecita! Tú, mi buen señor, no sabes, como ella sufría con todo esto, mientras yo en medio de mis borracheras y necedades me mofaba de ella ridiculizando sus buenos sentimientos.

Hasta que un día—aquí la voz del ratero se hizo temblorosa, como si ya el pesar le abrumara demasiado—mi conducta fué tan cruel y villana, que mi santa madre perdió toda ilusión de regeneración. Enloquecida de desesperación, me maldijo pidiéndole a Dios que me transformara en el animal más manso y

sumiso. Debió ser tan conmovedora su súplica que Dios tuvo a bien oírla, convirtiéndome instantáneamente en un asno. Fué entonces cuando Ud., mi amo me compró para tenerme a su servicio.

Tamer con su candor de buen hombre, oía con verdadero enternecimiento el relato del bribón. En su rostro se advertía el asombro y el deseo de saber cómo su burro había vuelto a su estado natural. Entonces aquel siguió en su comedia:

—Seguramente mi buena viejecita ha sentido una gran pena al ver mi triste condición, y con el mismo fervor ha suplicado al buen Dios que me devuelva de nuevo al reino de los hombres. Tanto puede el corazón de una madre...

Al terminar su relato, el hombre se cubrió el rostro con ambas manos, simulando quedarse sumergido en un profundo abatimiento.

—Loado sea Dios en las alturas—exclamó entonces Tamer. ¡Qué historia tan maravillosa y proverbial!

Dicho esto, consoló de la mejor manera que pudo a aquel grandísimo belitre y tras de darle un prolongado y afectuoso abrazo le dijo:

—¿Cómo lograré ser absuelto de mi gran pecado de haber utilizado a un cristiano en calidad de bruto? ¿Qué penitencia me será preciso realizar para alcanzar la merced del cielo? Decidme buen hombre, ¿dónde vive vuestra señora madre? Porque me será grato cargaros a la espalda y conducirlos hasta la pre-

sencia de ella. Quien sabe si así podría reparar en pequeñísima parte todo el daño que os he causado. Dime buen hombre, ¿no me guardas rencor?

El empecinado tunante, apenas podía contener la risa al ver el éxito que había tenido en su treta. Sin embargo siguió en ella y replicó, aparentando una real y honda emoción:

—Dios me asista en este trance. Bien sabe él que jamás ha asomado a mi corazón un pensamiento indigno de vuestra alma pura. Creedme, mi amo, en estos momentos sólo ansío correr hacia donde está mi madre. Nunca me he sentido más ágil que en estos instantes. Allí en mi hogar reflexionaré largamente acerca de mi conducta en el futuro. ¿Sería mucho implorar de vuestra magnanimidad el solicitaros mi inmediata libertad?

Tamer le respondió con exaltación:

—Todo lo contrario. Ya os la tenía concedida pero eso no me parece suficiente escarmiento de mi involuntario delito. Anda amigo, anda, y que Dios te colme con sus prodigios y sus mercedes.

* * *

Ensimismado y cabizbajo Tamer dirigió lentamente sus pasos hacia la aldea. Miles de ideas le bullían en la mente, atormentándole. Por otra parte le hacía sufrir la pérdida de su asno que representaba un grave contratiempo para sus trabajos.

Iba tan abstraído que no se dió cuenta cómo se en-

contró frente a la puerta de su cabaña donde Widad lo esperaba con angustia e impaciencia, extrañada de su insólita tardanza.

Tan pronto le divisó, su mujer echó a correr a su encuentro, preguntándole las causas de su atraso. Su inquietud aumentó cuando se dió cuenta que el asno no venía con su marido, quien, con verdadera aflicción, le dijo:

—Amada Widad, quien lo hubiera creído. Figúrate que una repentina desgracia nos ha sobrevenido. Y sombríamente añadió: me temo que estemos en pecado mortal. Parece inverosímil lo que nos acontece. Te ruego, querida esposa, prepares tu ánimo para que resistas esta repentina catástrofe.

Presa de un verdadero desconsuelo, la mujer exclamó:

—Pero qué ha ocurrido, ¡válgame Dios! Por caridad, cuenta, cuéntame.

—Imagínate querida esposa que nuestro asno, no era un asno, sino un hombre. Un hombre como soy yo, o quien sabe si mejor que yo.

Widad le miraba con los ojos dilatados de espanto. Entonces su marido se sentó al lado de ella y comenzó a referirle el extraño suceso que le acababa de ocurrir. En su relato no olvidó de explicarle cómo él había accedido a darle la libertad a aquel hombre a fin de que pudiera ir a reunirse con su madre.

Widad enternecida hasta las lágrimas, abrazó a su marido. En seguida se arrodillaron ante la imagen del

Señor para orar largamente. Anhelaban redimirse cuanto antes de aquel terrible pecado que habían cometido involuntariamente.

Esa noche no comieron y al día siguiente también ayunaron, reanudando sus oraciones con mayor devoción.

Creyeron, además, prudente no participar a nadie de sus cuitas y soportar solos el peso de su pena.

* * *

Transcurrieron varios días de verdadera incertidumbre, durante los cuales ambos esposos se torturaron el magín tratando de encontrar la fórmula que viniera a solucionar el grave quebranto que la pérdida de su asno les ocasionara.

Por fin Widad se atrevió un día a insinuar tímidamente a Tamer la venta de aquellos hermosos aretes que realzaban sus atractivos e iluminaban su rostro. Con el producto que sacaran de ellos podrían adquirir otro asno.

Tamer conmovido abrazó a su esposa reconociendo que esta era la única manera de salir del paso. Aquel desprendimiento de Widad era una nueva prueba del sincero cariño que unía al matrimonio.

Y fué de esta manera como Tamer llegó a la feria, pocos días después de aquel desgraciado suceso que tantos trastornos causara en el hogar. Con su mirada

experta el campesino recorría lentamente los asnos que allí se ofrecían en venta.

Repentinamente su mirada tropezó con su propio burro... Le invadió una rara sensación mezcla de estupor y de molestia. Hasta que por fin, disimuladamente, decidió apartarlo a un lado y cuando se hubo cerciorado que era su asno, le habló al oído:

—¡Desdichado! ¿Cómo es posible que te hayas dejado tentar de nuevo por el mal? ¡Claro que has vuelto a emborracharte y a martirizar a tu madre! Lo que yo, en esta ocasión, no soy tan imbécil como para volver a comprarte...